

## El fascismo y la clase media

Por FRANCISCO ZAMORA

Envío para *Liberación*

La agudización de las contradicciones sociales provocada por la decadencia del orden capitalista, obliga a la clase media, oprimida entre los principales contendientes —la burguesía y el proletariado— a buscar desesperadamente un remedio para su situación particular.

Lo que sobre todo vuelve dramática y peligrosa para el porvenir inmediato del movimiento obrero esa posición de la clase media, es el conflicto ideológico que para ésta lleva aparejado. Porque ni los restos que aun subsisten de la clase media antigua —pequeños industriales, comerciantes y agricultores, artesanos y profesionistas liberales— ni los contingentes de la nueva, compuestos de técnicos, intelectuales, administradores, comisionistas, empleados de oficina, jefes de almacén y agentes diversos, renuncian a los prejuicios, ideales y aspiraciones que los obligan a sentirse extraños a la clase proletaria, hacia la cual, no obstante, los empuja, con la fatalidad de un fenómeno de la naturaleza, la dinámica interna del capitalismo.

La clase media, en efecto, es anticapitalista, pero en un sentido diferente que la clase trabajadora. Aspira a conservar el sistema de producción que se funda en la propiedad privada de los medios de trabajo, y toda la organización social que sobre él se alza, pero abomina de la forma monopolista del capitalismo contemporáneo, que desearía destruir, para restablecer el juego de la libre competencia, en toda su primitiva amplitud.

Atribuye su ruina—la precipitada proletarización de muchas de sus capas—no al desarrollo normal de la evolución capitalista, cuyas leyes desconoce y, lo que es peor, se niega a conocer, sino a la existencia, que considera anormal y remediable, de los monopolios financieros, industriales y comerciales. En este sentimiento se unifican, tanto la antigua clase media, como la llamada nueva: aquella bajo el apremio de su interés de poseedora; atendiendo ésta a su conveniencia de privilegiada entre los ganadores de salario, condiciones objetivas que se reflejan en una misma ideología pequeñoburguesa, común a ambas.

Así es que el tránsito de la mezquina libertad económica de que disfrutaban hasta hace poco muchos pequeños empresarios, a la dependencia de las grandes empresas, en las cuales trabajan hoy a sueldo, se ha hecho con tanta rapidez, que la mayoría de ellos no tuvo tiempo de perder la ideología "clasista", el sentimiento de su superioridad sobre la clase obrera, reforzado por el género de vida que la cuantía de sus salarios les ha permitido llevar, aun en su nueva situación.

Esta circunstancia explica que, a pesar de que la proletarización objetiva de la antigua clase media se realice con el advenimiento de lo que Bernstein llamó; antes que nadie, la nueva clase media, subsista a través de todas las capas intermediarias de la sociedad capitalista, una conciencia de clase que les da cohesión y unidad como clase única.

En resumidas cuentas, no obstante que la mayoría de la pequeña burguesía ha caído ya bajo la sujeción económica de los detentadores del capital; no obstante que

de hecho se ha proletarizado, conserva todavía, en lo ideológico, el sello de la clase de cuyo seno salió.

He ahí por qué tiene razón Henri de Man cuando asegura que "el burócrata más miserable, el tendero más comido de deudas, siguen considerándose como miembros de una clase superior al proletariado, aun cuando ganen mucho menos que la mayoría de los obreros industriales".

La clase media, vieja o nueva, es así anticapitalista, porque es adversaria del capitalismo ultracentralizado, del capital financiero y monopolista, que la despoja o la ha despojado de su propiedad, y la somete o la ha sometido ya a las condiciones de esclavitud económica y de inseguridad vital en que se encuentra el proletariado desde su aparición; pero también se opone a éste, porque se resiste a fundirse con una clase dentro de la cual perdería el prestigio y el rango sociales de que se siente poseedora.

Su ideal sería restituir en su entera vigencia el capitalismo individualista del siglo pasado, con el juego sin trabas de la libre competencia que ofrecía las mismas oportunidades a todos— es decir, a todos los pequeñoburgueses— en la lucha anárquica por el beneficio. No en balde Jack London decía, por boca de uno de sus personajes novelescos: "cuando habláis de igualdad de oportunidades para todos, queréis decir la facultad de estrujar beneficios, prerrogativa que los grandes "trusts" os han arrebatado. Y lo que hay de absurdo en ello es que a fuerza de repetir frases como éstas, habéis acabado por creerlas. Deseáis la ocasión de pillar a vuestros semejantes a pequeñas dosis, y os hipnotizáis al extremo de imaginar que anheláis la libertad. Sois glotones e insaciables, pero la magia de vuestras palabras os persuade de que dáis pruebas de patriotismo. Ansiáis ganar dinero, lo que es egoísmo puro y simple, y lo metamorfoseáis en solicitud altruista por la humanidad que sufre..."

De cualquier manera, este ideal de libertad económica, aun cuando se asiente sobre bases reales mucho menos atractivas que él, impulsa a la clase media a oponerse al capitalismo, organizado bajo la forma de un régimen de monopolios. En nombre de la independencia económica de que ha sido despojada, y con el fin inaccesible de restituirla, reniega de sus aspiraciones político-democráticas del siglo XIX, y exige al Estado que intervenga para destruir a los "trusts", para impedir el progreso de la centralización capitalista, para arrebatar su hegemonía al capital financiero, dueño actual de los destinos del mundo. Le pide, en suma, que haga intervencionismo económico, para favorecer la libertad económica de la pequeña burguesía.

Pero al mismo tiempo rehusa cooperar con el proletariado en la tarea revolucionaria de llevar hasta sus últimas consecuencias la evolución que ha originado el régimen monopolista propio del capitalismo contemporáneo; se opone a admitir la socialización de los medios de producción y la transformación social que implica, porque esto la obligaría a renunciar a su situación, aunque intermedia, privilegiada con respecto a la clase obrera, y a los postreros restos de su ideal de predominio económico y social.

Exasperada, pues, por el irresoluble batallar de sus contradicciones ideológicas, y más aún por el acelerado descenso de las condiciones materiales de su vida, la clase media está pronta a secundar cualquiera acción que le permita escapar de la angustiosa posición en que se encuentra. Es, en esta postrera época de su existencia como clase autónoma, si se admite el neologismo, "accionista" por excelencia. Toda promesa de cambio, respaldada por un programa ocasional que satisfaga sus prejuicios y preocupaciones de clase, es capaz de ponerla en actividad, con la vehemencia que da la desesperación.

En ello reside, precisamente, el secreto de la adhesión que en todas partes ha dado al fascismo. Obligada, bajo la presión de las fuerzas sociales a optar por un partido, la clase media se decide con mayor facilidad por el de la burguesía, que comienza tomándola a sueldo dentro del mecanismo represor del proletariado, que